

INTRODUCCIÓN

Pablo Sendra y Richard Sennett

Las formas rígidas y excesivamente definidas están asfixiando a la ciudad contemporánea. Estos entornos inflexibles reprimen la libertad de actuar de la gente, suprimen las relaciones sociales informales e inhiben la capacidad de evolución de la ciudad. En este libro, proponemos una forma alternativa y abierta de construir ciudades, algo que disrumpa las formas rígidas y dé lugar a diseños que estimulen la vida urbana.

Ejemplos de estas formas excesivamente definidas dominan el actual paisaje urbano de Manhattan. Situado en la parte norte del High Line, Hudson Yards representa el urbanismo especulativo que ha transformado ciudades como Londres y Nueva York. Hudson Yards es un conjunto de bloques de apartamentos de lujo, un hotel, oficinas, restaurantes y un centro comercial que ofrece las marcas más caras. En el cen-

tro se encuentra The Vessel, una escalera escultural diseñada más para servir de marco a campañas publicitarias que para un uso corriente¹. La parte sur de la plaza limita con The Shed, una estructura móvil gigantesca pensada para convertirse en un local flexible para eventos culturales de precio elevado. Este gigantesco proyecto no fomenta la actividad local del ciudadano corriente, sus formas fijas tampoco permiten que pueda evolucionar: solo puede degradarse.

Por el contrario, en el lado este de Hudson Yards se encuentra Garment District, una comunidad dinámica y diversa con negocios grandes y pequeños, que mezcla comunidades coreanas relativamente recientes con otras comunidades de inmigrantes más consolidadas, y combina viviendas para gente de clase media y trabajadora con escuelas e iglesias. Esta comunidad compleja, frecuentemente ruidosa y turbulenta, ha podido evolucionar y prosperar durante el último siglo y medio.

En este libro queremos mostrar cómo este tipo de comunidades pueden ser diseñadas: es decir, qué tipo de formas básicas, qué tipo de ADN urbano, permiten que un lugar pueda crecer.

Este libro se basa en el trabajo de uno de sus autores, Richard Sennett. En 1970, cuando se publicó *Los usos del desorden*, la explicación que Richard encontró a la «superposición de tantos tipos de vida distintos»² en Garment District era

¹ Feargus O'Sullivan, «Cities Deserve Better Than These Thomas Heatherwick Gimmicks», *City Lab*, 19 de marzo de 2019, <https://www.citylab.com/design/2019/03/thomas-heatherwick-vessel-pier-55-nyc-hudson-yards-design/585244/>, último acceso: 22 de mayo de 2019.

² Richard Sennett, *The Uses of Disorder: Personal Identity and City Life*, New Haven y Londres: Yale University Press, 2008 [1970], p. 47 (fue publicado en

que ninguna de las diferentes partes de la zona sur del centro de Manhattan tenía el poder suficiente para crear sus propios límites³. El autor también alertaba de que la «abundancia» estaba acabando con esta vitalidad urbana, tanto al crear límites como al eliminar la necesidad de compartir recursos con la gente que nos rodea. Hudson Yards es una manifestación del efecto que la concentración de riqueza y poder podría tener en la ciudad —algo de lo que *Los usos del desorden* ya alertaba—. Encarna la transformación de Nueva York en una ciudad dominada por los intereses inmobiliarios⁴. Si *Los usos del desorden* vio los desarrollos urbanos modernos como órdenes impuestos que borraban la vida de la ciudad, las formas de orden impuestas en la actualidad provienen de un sector inmobiliario globalizado.

Una ciudad vital y abierta no se produce de forma natural. Hay lugares en los que no se dan actividades e interacciones sociales improvisadas porque la rigidez del entorno urbano no permite que se produzca esta improvisación, por lo que resulta necesario planificar para el desorden. Cuando el arquitecto Pablo Sendra leyó *Los usos del desorden* decidió explorar qué intervenciones en el diseño urbano podrían hacer posibles los tipos de desorden que facilitan actividades no planificadas y proporcionan una configuración urbana abierta que puede ir cambiando según las acciones de las personas.

castellano, con el título invertido, como *Vida urbana e identidad personal: Los usos del desorden* [Barcelona: Península, 1975]; sin embargo, durante todo este libro nos referiremos a él por el título original: *Los usos del desorden*).

³ *Ibid.*

⁴ Samuel Stein, *Capital City: Gentrification and the Real Estate State*, Londres y Nueva York: Verso, 2019.



Figura 1. El capital global impone el orden. Hudson Yards, Nueva York. En la imagen: centro comercial (derecha), The Shed (izquierda), The Vessel (centro-atrás) y los rascacielos. Marzo de 2019.

Este libro propone experimentos de diseño urbano para aquellos lugares en los que no se dan actividades o interacciones sociales espontáneas. No propone estrategias de diseño para aquellos lugares en los que la informalidad y la sociabilidad ya tienen lugar, sino que explora las alteraciones en el diseño urbano que pueden desarticular entornos demasiado rígidos.

Esta colaboración entre el arquitecto Pablo Sendra y el sociólogo Richard Sennett revisa las ideas de una «vida social directa, inestable, desordenada»⁵ que aparecían en *Los usos del desorden* y las convierte en experimentos de diseño urbano que las ponen en práctica. En la primera parte del libro, Richard Sennett reflexiona sobre el contexto que le llevó a escribir *Los usos del desorden* y sobre su significado hoy en día. Luego, Richard explica su propuesta para una Ciudad Abierta, que puede liberar los ambientes prescriptivos de su rigidez. En la segunda parte, Pablo Sendra propone experimentos de diseño urbano que disrumpan entornos urbanos demasiado ordenados, fomentan el uso no planificado del espacio público y provocan interacciones sociales. Esta parte no es un manual prescriptivo, sino que reúne sugerencias sobre cómo el diseño puede volverse más indefinido en su alcance y más colectivo en su práctica. La tercera parte del libro es un debate entre Pablo Sendra y Richard Sennett, moderado por el editor Leo Hollis, en el que reflexionan sobre las implicaciones de *Los usos del desorden* hoy en día.

⁵ Sennett, *The Uses of Disorder*, p. 166.

PARTE I

SOCIEDAD CIVIL

Richard Sennett

LAS POLÍTICAS DE LA CIUDAD OCULTA

En 1804, en mitad de la conquista militar de Europa, Napoleón dictó leyes para regular la sociedad civil en Francia y por todo su imperio. El *Code civil* impuso orden en la vida cotidiana al regular asuntos familiares, definir programas de enseñanza y organizar prácticas religiosas. Fue la primera gran muestra de ingeniería social moderna.

Poco más de una década más tarde, el imperio napoleónico estaba en ruinas, así como sus planes formales y racionalizados para la sociedad civil. El escritor y pensador político Benjamin Constant se alegró de ver su caída, pero ¿qué iba a sustituirlo? En lugar del retorno al pasado del Antiguo Régimen o a las violentas ideologías de la Revolución, él soñaba con otro tipo de organización social. En su «De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos», de 1819,

Constant abogaba por una vida cotidiana en la que la gente se sienta personalmente estimulada por lo inesperado, en la que la experiencia social se expanda más allá de los valores de «endogrupos» de ideas afines, en la que se haga frente a las certezas políticas. En la sociedad ideal de Constant, la gente aprendería a vivir con la ambigüedad, la contradicción y la complejidad y a beneficiarse de ellas. La corriente vital, sostenía, fluía con profundidad más que con transparencia. Esta corriente vital discurría a través de una ciudad.

Constant propuso que una ciudad como París poseía tres características. En la antigua ciudad prerrevolucionaria los pobres y los ricos vivían codo con codo, pero no se mezclaban entre ellos: era una ciudad de indiferencias. En la ciudad revolucionaria, especialmente durante el Terror, entre 1792 y 1794, aquellos que no se sometían a los poderes dominantes eran perseguidos y guillotizados: la diferencia se había convertido en un crimen. Después de la caída de Napoleón, entre 1815 y 1830, Constant vivió en un París cuyas calles estaban atestadas de gente que era mutua, intensa y nerviosamente consciente de los demás, pero que dejaba el espacio necesario para poder llevar vidas separadas: los ciudadanos estaban a la vez traumatizados y domesticados por el desorden de la historia. Esta tercera variación, este París amansado, encarnaba la idea de sociedad civil que tenía Constant.

En este libro exploraremos qué podría significar la visión de Constant hoy en día y cómo podría quizás diseñarse. El proyecto empezó hace cincuenta años cuando yo, Richard Sennett, escribí *Los usos del desorden*. Por aquel entonces sabía poco de Napoleón y nunca había oído hablar de Benjamin Constant, pero al investigar las conexiones entre el yo y la

ciudad el libro exploraba una versión en particular de la sociedad civil. Se basaba en la observación no tan notable de que la experiencia personal se amplía al centrarse en el exterior más que en uno mismo. De manera similar, la sociedad civil surge a medida que los individuos salen de su egocentrismo para volverse socialmente más comprometidos.

¿Pero cómo? Sostuve que una ciudad densa y diversa involucra a la gente de una manera en particular. Se trata de algo más que una cuestión de estar expuesto a las muchas formas de vida de la ciudad o de tolerarlas. Para conectar con otra gente que difiere por motivos raciales o religiosos, que viene de culturas distantes o que tiene formas de amar que nos son ajenas, la gente tiene que ceder y tratar su propia identidad como algo menos absoluto, menos definible. Podría decirse que la gente tiene que participar en una especie de proceso de *autodesorden*.

Esto nos deja con un problema importante y concreto. Una ciudad es una entidad física que contiene muchas formas de vida distintas. En francés antiguo es a la vez una *ville* —el conjunto material de edificios y calles— y una *citó* —el comportamiento y la actitud adoptada por la gente que reside en el espacio físico—. ¿Podrían materializarse el tipo de compromisos cívicos concebidos en *Los usos del desorden*? ¿Podrían los edificios, las calles y los espacios públicos ser diseñados para relajar costumbres rígidas, para desordenar imágenes absolutas del yo?

Una vez impreso, aún no estaba convencido de tener buenas respuestas a cómo construir materialmente una sociedad civil. Puesto que he trabajado cada vez más como urbanista, en mi cabeza esta falta de respuestas materiales ha se-

guido siendo un grave defecto —y ha generado la colaboración de este libro—. Aquí, el arquitecto Pablo Sendra explora cómo la adaptación de infraestructuras urbanas flexibles puede relajar y enriquecer la vida sobre el terreno. El objetivo de Sendra es diseñar una infraestructura que permita configuraciones sorprendentes y la innovación comunitaria. A pesar de que estos diseños podrían permitir el funcionamiento de una ciudad compleja, diversa y flexible, no pueden sostener su existencia por sí solos. Se trata de recursos que, aunque necesarios, no son suficientes para crear una sociedad civil urbana enriquecedora. La señal de que una ciudad es compleja, diversa y flexible es que una persona puede mirar hacia atrás y pensar que «la vida ha resultado ser distinta a lo que me esperaba». Esta reflexión es justo lo que Benjamin Constant consideraba el fundamento de la sociedad civil —la vida más allá de lo ordenado, de lo prescrito—, aunque nunca pensó en las cloacas de París como una herramienta para crear esta libertad experiencial.

El *Code civil* de Napoleón fue revolucionario en el sentido de que otorgó a todos sus ciudadanos igualdad de derechos; aunque solo si estos ciudadanos eran hombres. Napoleón defendió «valores familiares» que ligaban a las mujeres a sus esposos y reducían los derechos de los hijos ilegítimos. Además, el código otorgaba libertad religiosa a todos, permitiendo así que los protestantes y los judíos pudieran rezar abiertamente en Francia, pero también reintrodujo la esclavitud legal en las colonias francesas. A pesar de todo, este problemático docu-

mento tuvo un efecto profundamente positivo en la posterior pugna por los derechos civiles. En particular, decretó la escolarización para todos. Y estas reivindicaciones de igualdad en la educación pusieron en marcha la lucha por los derechos civiles raciales de después de la Segunda Guerra Mundial en Estados Unidos, donde el *Code civil* formó parte de los antecedentes de la decisión del Tribunal Supremo estadounidense que en 1954 declaró ilegal la discriminación racial en las escuelas.

Para cuando *Los usos del desorden* se publicó en 1970, las injusticias acumuladas contra los americanos racializados habían convertido las ciudades americanas más importantes en violentos campos de batalla. La Comisión Kerner, un organismo nacional cuasi gubernamental, fue creada para analizar estos disturbios. El alcalde de Nueva York, John Lindsay, era miembro de esta comisión, y en 1967 yo pertenecía a su legión de asistentes. La comisión concluyó que «la sociedad blanca está profundamente implicada en el gueto. Las instituciones blancas lo crearon, las instituciones blancas lo mantienen y la sociedad blanca lo tolera». Podría parecer que esto explica, perversamente, el título *Los usos del desorden*: los desórdenes violentos sirven como señal de alarma.

Aun así, las calles en llamas no resucitaron las escenas de calles con barricadas que Benjamin Constant presencié al final de su vida, durante la revolución de 1830 en París. Entonces se levantaban barricadas para proteger distritos insurrectos de ataques militares y redadas policiales. Las barricadas se construían tirando muebles en la calle y apilándolos en las esquinas para crear un callejón sin salida. En 1830, los ciudadanos insurrectos protegían los espacios tras las barricadas;

hasta que los militares los vencieron, las calles fueron, durante unas semanas, espacios disciplinados. Por el contrario, durante los violentos disturbios urbanos de la década de 1960 los escaparates de las tiendas situadas en comunidades pobres fueron incendiados por saqueadores que se habían infiltrado entre los manifestantes. Ya desde el principio, los líderes de las protestas callejeras no pudieron controlar a estos parásitos violentos. Como descubrió la Comisión Kerner, los saqueadores eran pocos en número, pero, aun así, los usos revolucionarios del desorden parecían corrompidos por el robo.

Las revueltas por motivos raciales no eran el único tipo de desórdenes que sacudían América en aquel momento. Aunque rara vez violenta, otro tipo de afección más personalizada afectaba a la sociedad civil de los privilegiados: aquellos que eran blancos, de clase media, heterosexuales y, si eran jóvenes, estaban exentos del servicio militar en el extranjero. El descontento que se vivía dentro de esta zona «segura» nos remite a un malestar articulado por Benjamin Constant.

Además de jurista, Constant también era novelista; practicaba ambos intereses por separado, imaginados como si fueran la actividad de dos islas distintas llamadas *Filosofía e Imaginación*. Su novela *Adolphe* cuenta la historia de un hombre que rompe con un gran amor, y describe la historia de su desamor en lugar de su ardor inicial. Adolphe se aburre de los arrebatos del deseo; en su madurez, la pasión lo estimula menos que los encantos de una carrera profesional. El novelista escribe esta historia para mostrar hasta qué punto Adolphe puede convertirse en un ser humano «pequeño».

Así, el filósofo de la sociedad civil critica cómo la vida restringida acaba por temerle a la aventura, rehuendo difi-

cultades, evitando pasiones. Todo esto contrasta con el relato coetáneo sobre la ambición que presenta Stendhal en su novela *Rojo y negro*. Su protagonista, Julien Sorel, está lleno de ambición, guiado por el deseo de conquistar París y llegar al mismísimo corazón del poder, convirtiéndose en un Napoleón doméstico. Adolphe no arde de pasión, tampoco se ajusta al modelo más alemán de la ambición, un deseo de juventud que es sucedido por resignación y arrepentimiento al llegar a la madurez. Adolphe está satisfecho, incluso aliviado, de llevar una vida ordenada, trazada con claridad ante él.

Constant el filósofo no analizó el mecanismo por el cual tal «pequeñez» podía afligir el cuerpo cívico colectivo. La explicación apareció más adelante, de la mano de las ciencias sociales. El miedo que exploraba la historia de Adolphe apareció casi un siglo más tarde en los escritos de Max Weber sobre la burocracia. Como ilustremente señaló Weber, la gente vive dentro de una «jaula de hierro» cuando trabaja dentro de una burocracia, sobre todo si su ambición principal es la de progresar en la escala burocrática. Weber situó a la figura de Adolphe en un contexto más amplio, uno en el cual los intentos de racionalizar la sociedad, como con el *Code civil*, inevitablemente crearon las burocracias que degradan a la gente: «El cálculo racional [...] reduce cada trabajador a un engranaje en la máquina burocrática y, al verse en semejante estado, este solo se preguntará cómo puede transformarse [...] en un engranaje más grande».

Weber no era un observador impasible de este proceso: «La pasión por la burocratización [...] nos lleva a la desesperación». Sin duda, no fue el único en identificar este malestar. Novelas como *El hombre sin atributos*, de Robert Musil, di-

seccionaron, con todo detalle y de manera frecuentemente cómica, cómo la burocracia conduce a una vida pequeña. Quizás la imagen más desesperada de la jaula de hierro fue elaborada por Rainer Maria Rilke, contemporáneo de Weber, en su poema sobre una pantera encerrada en un zoo. El poema empezaba diciendo: «Su vista está cansada del desfile de las rejas, y ya nada retiene»¹.

La desesperación de la jaula de hierro afligió a aquellos de mi generación que habían crecido dentro de la zona de seguridad. El sociólogo C. Wright Mills detalló con cierta empatía la construcción de la jaula concreta de sus padres: a papá y mamá les perseguían las pesadillas de la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial, pero se las guardaban para sí mismos; estas pesadillas podían ser reprimidas gracias a la nueva prosperidad y hegemonía mundial de los Estados Unidos. Aun así, a comienzos de los sesenta los niños de la zona se limitaban a andar de un lado para otro, cual panteras; al final de la década buscaron destruirla más activamente. Los jóvenes habían recuperado la pasión por las grandes experiencias que Constant —y, posteriormente, Musil y Weber— pensaba que se había templado. Aquí es donde entra en juego *Los usos del desorden*.

Yo no venía de una zona de seguridad. Pasé mi infancia en un proyecto urbano de viviendas de protección oficial y mi madre, soltera, militaba en secreto en el Partido Comunista. Yo era gay, y había vivido solo o con amantes en Chicago y Nueva York desde los quince años. Una serie de casualida-

¹ Rainer Maria Rilke, «La pantera», en *Antología poética* (trad. de Jaime Ferrero Alemparte), Barcelona: Espasa, 2016.

des me llevaron a la Universidad de Harvard cuando era joven. Una vez ahí, al principio, los pesares que evocaban aquellos que crecieron con cierta estabilidad me parecían autocomplacientes. Con el tiempo comprendí que su sufrimiento era real. También yo estaba tan ensimismado en mí mismo como cualquier otro Hamlet suburbano. Cometí graves errores al juzgar a los extraños con los que me relacionaba día y noche. Había sobrevivido, pero no había logrado alcanzar un buen conocimiento sobre mí mismo.

En Harvard busqué este conocimiento a través de la escritura. Había algo dentro de mí que quería escribir, aunque, más que algo estrictamente autobiográfico, quería escribir sobre los lugares en los que había vivido: al relacionar el yo y la ciudad, me parecía que «ciudad» era la variable independiente. Podría decirse que no estaba listo para enfrentarme a mí mismo. Pero en Harvard un mentor, el psicoanalista Erik Erikson, pensaba que esta era la manera correcta de hacerlo: mirando hacia afuera en lugar de hacia adentro.

De joven, Erikson era un artista danés que no llegó a ninguna parte con el arte y se decantó por el psicoanálisis como segunda opción, de manera que inicialmente estudió con Freud y trabajó con niños en Viena. Huyó de una Europa devastada por la guerra por un puesto en la clínica psiquiátrica Austen Riggs en Massachusetts, donde se interesó más por los adolescentes y los jóvenes adultos. Ahí, Erikson llevó a cabo el trabajo por el que se hizo famoso, sobre la «crisis de identidad» que acontece cuando los seres humanos pasan de la adolescencia a la edad adulta. En su opinión, este paso es tan violento debido a la tensión existente entre abrirse y cerrarse a nuevas experiencias. Por un lado, los jóvenes están

sedientos de novedades; por el otro, tienen miedo a quedar expuestos. Si esta tensión no se resuelve, el joven se aferrará a un sentido rígido de su yo que le impedirá explicarse la diferencia y la divergencia en los demás.

En *Los usos del desorden* acepté esta visión, pero con el tiempo me di cuenta de que se podría reestructurar sin el sistema de fontanería freudiano para limpiar las cloacas del *id*, el *superego* y similares. El psicólogo cognitivo Lionel Festinger lo consiguió mediante la investigación de la interacción continua a nivel mental entre la curiosidad inductiva, que abre nuevas perspectivas, y el razonamiento deductivo, que busca resolver el desorden mental. En otra línea, la psicóloga Carol Gilligan rechazó la idea de que una crisis de identidad adolescente —«¿Quién soy?»— sea el momento definitorio en el que se establecen las diferencias de género entre el yo y los demás. El género, demostró, es renegociado continuamente, a lo largo de toda la vida.

Estos «afreudianos» explicaron de otro modo lo que la jerga freudiana conoce como «fuerza del ego». Tanto si se enfrentan con un problema matemático, las exigencias discordantes de un nuevo amante o con un nuevo trabajo, las personas necesitan desarrollar la habilidad de lidiar con la ambigüedad, la dificultad y lo desconocido para explorar un giro inesperado en lugar de defenderse de él. Y he aquí el punto fuerte de Erikson como pensador: era más un moralista que un psicoanalista.

Su visión moral podría resumirse en la frase *Menos yo, más otro*. Esto es lo que sucede en el lado positivo de una crisis de identidad, y desde luego durante toda una vida: uno asimila más del Otro externo y proyecta menos de su Yo en

los demás. Practicar esta ética requiere fuerza psicológica, pero este poder no puede surgir de la nada. La gente tiene que entrenar el *Menos yo, más otro*, como si de ir al gimnasio a desarrollar los músculos se tratara. La percepción que quería aportar —y, espero, el valor duradero de mi libro— era que una ciudad grande, densa y diversa es el lugar en el que la gente podría entrenar y gradualmente desarrollar este músculo moral.

Si Benjamin Constant viviera hoy, sospecho que la frase *Menos yo, más otro* tendría un significado especial para él. La sociedad civil, según la concibió, debería enfocar a la gente hacia afuera, liberándolos de sus prejuicios y hábitos como visiones absolutas de la forma en que deberían vivir los demás. Pero su visión era mucho más compleja, más sabia que este remedio moral, por lo menos después de reducirlo a cuatro palabras. La sociedad civil de Constant debe ser un lugar en el que la gente esté a la vez vinculada y desvinculada con los demás, una ciudad de soledades a la vez que de comunidades.

Quizás Constant aprendió esta dualidad de su relación con Madame de Staël, una escritora que conoció en París en 1795 y con la que se escapó a Suiza cuando Napoleón la desterró en 1802. En su novela *Corinne o Italia*, de 1807, un manifiesto a favor de los derechos de las mujeres hábilmente disfrazado de narrativa, abogaba por el derecho de las mujeres a librarse de las obligaciones permanentes del matrimonio, por su libertad de tener aventuras amorosas temporales, por su «derecho inalienable a la privacidad, es decir, a la soledad». Constant, que nunca fue monógamo, practicó lo que Madame de Staël defendía, hasta que él y su esposa, Charlotte von

Hardenberg, con quien se casó después del fallecimiento de Madame de Staël, volvieron a París.

Ahí, sus escritos extendieron de manera más general la ética del erotismo de Staël a la sociedad civil. Él quería una sociedad que desafiara la conformidad comunal y el decoro colectivo. La sociedad civil debería abrazar las diferencias y fluctuaciones en el comportamiento, de tal manera que la gente pudiera ser libre, libre para ser ella misma, sola. Las distancias insalvables, los silencios necesarios entre la gente que difiere, deberían reconocerse y respetarse. Esto es lo que hace que una sociedad civil sea «civil», y lo que una ciudad grande, densa y diversa —al contrario que un pueblo entrometido— hace posible.

Pero no podemos hablar de libertad sin hablar de poder; y la ciudad, aunque sea un lugar ejemplar para la expresión de uno mismo y el compromiso social, también es el espacio de complejas redes de dominación.

En 1806 Napoleón tomó la ciudad de Jena, donde Georg Friedrich Hegel había estado enseñando. El joven filósofo huyó, llevando consigo poco más que el manuscrito a medio terminar de la *Fenomenología del espíritu*; el general Napoleón lo aterrizzaba. Años más tarde Hegel acabó por idolatrar al Napoleón emperador como una figura heroica, y elogió el *Code civil* como una manera racional de organizar la sociedad civil; pero todo esto sucedió más adelante, cuando Hegel se había vuelto más rígido en su vejez, convertido en un apóstol del orden.